

Palestina, y hechos pedazos todos los frailes, que eran nueve; en 1873 ha devuelto la Sublime Puerta á los frailes franceses las ruinas de la iglesia de San Jeremías en recompensa de San Jorge, de que fueron desposeidos en Lidda. Este pueblo se llama entre los naturales *El-Querie*, y sólo se conoce con el nombre de *Abu-Gosch* hace cincuenta y tantos años, cuyo nombre ha tomado de un bárbaro *Cheikh* ó jefe nombrado así, que tuvo desde fines del siglo pasado, hasta los años cuarenta ó cuarenta y tantos. Este feroz musulman, déspota como nadie, apostaba guardias á grandes distancias para que éstas obligaran á los peregrinos á pasar por su pueblo, y así pagarle el oneroso tributo, que él mismo sin ley y sin razon habia impuesto. Este feroz musulman, más sanguinario que las hienas del desierto, no sólo hacia con los frailes lo mismo que con los peregrinos, sino que con ellos cometía el más espantoso crimen, la más horrible crueldad; los prendia, los metia en un horno hasta que de sus conventos le llevaban las grandes sumas que por su rescate reclamaba, y si no le aprestaban esas sumas, ó tardaban demasiado en entregárselas, porque mucho tiempo costaba á los infelices reunir las, él mismo prendia fuego al horno, y veia perecer abrasados en él á los que algunos dias habian ya en él permanecido sin comer y sin beber. Aún pronuncian con terror su nombre los frailes de Tierra Santa. Al vizconde de Chateaubriand sirvió de escolta Abu-Gosch;

tambien acompañó á Lamartine, y se comprometió á protegerlo mediante un rico traje, que con este fin le regaló Lady Stanhope, reina entónces de Palmira. Yo he visto la tumba de aquel musulman, terror en otro tiempo de la Judea, cuya tumba descuella sobre las demás del pueblo, como un castillo feudal sobre las chozas de los campesinos. Abu-Gosch continuó cobrando el arbitrario tributo que él mismo habia impuesto, y ejerciendo su acostumbrada crueldad, hasta que en 1830 lo humilló Ibrahim Pachá, virrey de Egipto, aquel hombre benéfico, aquel génio protector, que proclamó la independendencia de su país, que protegió á los cristianos, que persiguió la inmoralidad, y que abatió el indomable poder de los beduinos, derrotándolos en las montañas que se extienden entre Jerusalem y Jericó. Los hijos del potente Abu-Gosch, están hoy reducidos á la triste condicion de humildes y pacíficos campesinos.

Los viajeros contemplan con entusiasmo la estatua ecuestre de Ibrahim Pachá, que se levanta próxima á los jardines del Cairo, así como la de su padre Mehemet-Alí, erigida en la gran plaza de los cónsules ó de *Mehemet-Alí* en Alejandría.

Hemos dicho que la aldea *Abu-Gosch* está á la derecha del camino, yendo de Jaffa á Jerusalem, en la falda de una colina y un poco hundida bajo el nivel de aquel; pues bien, si á la derecha del camino, en el borde de éste se ve el pueblo de los vivos, á la izquierda del mismo camino tambien en



el borde de éste se ve el pueblo de los muertos, se ve el cementerio; y puesto que muchas veces hemos hablado en nuestro libro de los cementerios musulmanes, y muchas tenemos aún que hablar, descansenos un momento de nuestro viaje, y demos una idea de estos melancólicos recintos, última morada del hombre, cualesquiera que sean su religion y su cultura.

Los europeos parece que huimos de los muertos; los árabes se aproximan indudablemente á ellos; nosotros colocamos los cementerios á larga distancia de las poblaciones; aquellos los colocan casi en las mismas poblaciones, puesto que en algunos puntos comienzan las primeras tumbas dentro de las calles; nosotros cercamos la habitacion de los muertos con un muro; ellos no la cercan con nada; entre el pueblo de los vivos y el pueblo de los muertos, no hay para ellos separacion alguna; y como que entre tumba y tumba media por cada lado un metro próximamente de espacio, sus cementerios son inmensos. En Alejandría comienza el cementerio junto á las últimas casas; en el Cairo comienza dentro de las últimas calles; en Jerusalem tocando á los muros; en las ruinas de Jericó entre las chozas de los beduinos, únicos moradores hoy de aquella insigne ciudad: yo he visto en algunas aldeas que he cruzado para ir de Alejandría al Cairo, sentarse á comer los egipcios, hombres y mujeres, sobre las tumbas de sus antepasados, quizá de sus padres, de sus esposas ó de

sus hijos..... ¿Y cómo no ha de suceder esto, si las tumbas forman en algunas chozas, que chozas son las casas, el quicial de las puertas?..... Las tumbas de los musulmanes, sean egipcios, árabes ó turcos, se llaman *El-Cabur*; consisten en una especie de ataúd como los nuestros, pero de piedra, formados por dos ó tres órdenes de estas en escalones más estrechos por ambos lados, á medida que más se levantan del suelo; en la cabecera y los piés tienen un bolo de piedra de una tercia de altura, imitando con más ó menos propiedad el turbante, á cuyos bolos de piedra dan el nombre de *Tantur*. Así como entre las casas de los pobres y desvalidos descuellan por sus dimensiones y lujo las casas de los ricos y poderosos, así tambien las tumbas de los ricos y poderosos descuellan por su lujo y dimensiones entre las tumbas de los pobres y desvalidos; que el hombre de todos los países y de todos los tiempos, en su ridícula vanidad pretende llevar su orgullo hasta el imposible, sin pensar que hay un Dios que dijo á los mares «de aquí no pasareis,» y no pasaron. Entre las tumbas que á la sombra de los nopales, de los olivos y de los granados forman el cementerio de Abu-Gosch, se levanta la de este hombre sanguinario, la cual es una pequeña mezquita, un cubo de piedra sillar de cuatro metros por cada arista, con una bóveda semi-esférica encima, llamada *Cubbé*, sobre la cual vuela dibujándose en la atmósfera una media luna tambien de piedra. Yo que por la lectura ya



conocía ciertos rasgos de Abu-Gosch, y que durante el camino me había enterado de algunos más por el dragoman, contemplé con placer aquel mausoleo, cárcel eterna de uno de los más bárbaros asesinos.

Continuando su marcha nuestra caravana, bajando la cuesta, y algunos minutos despues de haber salido de la triste calle que forman el pueblo de *Abu-Gosch* y su cementerio, no más fúnebre por cierto, ni más solitario, ni más silencioso que el pueblo; dos minutos despues de haber entrado en un pequeño valle, aunque no muy ameno, mucho más que el camino que habíamos dejado, nos hicieron fijar la vista en una elevada montaña, que de forma cónica se levanta á la derecha y á alguna distancia del camino; en la cumbre de aquel elevado cerro, en aquel punto avanzado de la Judea, se descubre con dificultad la aldea de *SOBA*, que apenas cuenta 500 habitantes, todos musulmanes: no hace mucho tiempo que esta aldea era una ciudad rica y rodeada de murallas, pero en 1834 la redujo casi por completo á escombros Ibrahim Pachá. Esta miserable aldea, este conjunto de ruinas y de casas, que entre peñas se esconde como asustada de las miradas del viajero, fué en tiempos bíblicos la célebre ciudad de *Modin*, patria de los macabeos, donde Matatías, padre de todos ellos, dió muerte á un comisionado de Antioco, que se presentó allí con objeto de seducir al pueblo de Israel é inducirlo á adorar los

ídolos; y allí fué tambien, en aquel monte solitario hoy, sin pájaros, sin flores, sin yerbas, donde Simeon Macabeo edificó las célebres tumbas de su padre, de su madre y de sus hermanos, inmortalizadas con siete pirámides, que se descubrian desde el Mediterráneo. *Y edificó Simon sobre el sepulcro de su padre y hermanos un alto edificio que se veia de lejos, de piedras labradas, detras y delante.—Y levantó siete pirámides, una enfrente de otra, á su padre y á su madre, y á sus hermanos.—Y al rededor hizo poner grandes columnas, y sobre las columnas armas para perpetua memoria, y junto á las armas navíos entallados, que viesen todos los que navegasen aquel mar.—Tal es el sepulcro que hizo en Modin y que hoy se vé.—MACABEOS, LIB. 2º, CAP. 13, V. 27.*

## II.

A la una y media, hora en que el calor se hacia para los europeos verdaderamente insufrible, llegamos á *Aid-Dilb*, como dice en su guía el padre Livinio; ó á *El-Dilib*, como yo he oido pronunciar muchas veces á los naturales del país. Saliendo del camino, bajando hácia la derecha un desnivel de dos metros en brusca rampa, y andando cinco ó seis, acostumbran bajarse todos los viajeros y entrar en un recinto que en España pasaria por alguna mala corraliza de pastores. Tres lienzos de pared de piedra seca se levantan hasta la cintura



de un hombre, dos troncos de árboles sin labrar se alzan en los dos ángulos rectos que forman las tres tápias, otros dos en los dos extremos de éstas, uno terminando en horcacha, en medio; y estos cinco troncos reciben algunas maderas también sin labrar, que con poca simetría se cruzan unas sobre otras, apoyando sus cabezas horizontales en las cabezas verticales de los cinco troncos de pié, sobre cuyas maderas hay abundantes ramas secas y hojarasca, formando el techo no tan compacto, que por ellas no penetre con frecuencia un molesto rayo de sol.

Este es el *café*, como le llaman los europeos, ó *El-Dilib* ó *Ain-Dild*, tomando este nombre de una fuenteçilla que entre frondosa yerba brota á corta distancia. Allí nos apeamos todos, allí nos sentamos unos en piedras, otros en haces de leña y otros en taburetes, que aunque viejos y súcios, nos advertían en sus calados, con sus impages y atauriques, que estábamos en el poético país oriental. Tomamos aquella sombra con un placer que no es fácil comprender en España, porque ni en España se camina todo un día al sol, sin agua y sin brisas, ni el sol de España es tan sofocante como el de Palestina. En este rústico café nos aguardaba el vicecónsul de Jerusalem Español con su sobrina Elisa, que habia salido de Ramma ántes que nosotros. Allí iban llegando todos los peregrinos, que caminaban á alguna distancia, y al entrar en la sombra de aquella corraliza, donde apenas ca-

biamos porque solo cuenta cinco metros en cuadro, todos se quitaban el sombrero y sofocados todos, se daban aire con los pañuelos. ¡Qué cuadro tan variado y tan lleno de sencilla animacion! En aquel pequeño, humilde y aislado recinto se oía hablar francés, inglés, ruso, árabe y español; casi todos los que allí estábamos, íbamos por primera vez á Jerusalem, casi todos íbamos de lejanos países, y solo nos separaban ya de la tan deseada ciudad tres leguas. Todos los viajeros divididos en grupos sacaron sus meriendas; fray Giovane de Santa Teresa, fray Francesco de Nápoles, Giovane Janzon, Biffi Luigi Federico y yo almorzamos con Español, que llevó carne, fiambre y gallinas, tomando para postre naranjas, fruta obligada en la Palestina; despues se sirvió café, que yo no tomé, y despues ví á algunos árabes adormecerse absorbiendo el humo del célebre tabaco *Tombec* en orientales pipas, *Arguilet*.

A media legua del punto en donde nos encontrábamos, marchando á la izquierda del camino, en una línea perpendicular á éste, se encuentra *Emaus*, aquella aldea en que habiéndose aparecido Jesucristo á algunos de sus discípulos, y habiendo caminado largo rato con ellos sin que lo conocieran, le reconocieron por fin al comer juntos en la manera de partir y distribuirles el pan. Aquellos discípulos, ciegos como el hombre de todos los tiempos, reconocieron por último á su maestro. ¡Ojalá que el hombre de todos los tiempos le reconozca también y lo confiese un día!



Bien nos encontrábamos todos en el cobertizo de ramas secas; pero ya el sol iba inclinándose hácia el Ocaso, y se hacia preciso continuar la marcha. Mientras montamos en nuestras cabalgaduras, hubo un instante de confusion; luego se pusieron en movimiento cinco ó seis carrozas, diez ó doce caballos, ocho ó diez burros, y algunos *FIELLARS*, *árabes campesinos*, iban á pié. Asperas las cuestas, que por las montañas de Judea subíamos, tanto que en algunos repechos teníamos que apearnos los de las carrozas, porque no podían los caballos arrastrarlas; pero reinaba gran contento, y á todos animaba la idea de que la primera parada que hiciéramos ya, iba á ser en las puertas de Jerusalem.

La caravana avanzaba, por todas partes se descubrian altas cumbres, por todas partes se veia sorprendente multitud de piedras, erizadas puntas de rocas azuladas, por todas partes iba presentándose á nuestra vista un país solemne, aterrador, sobre el cual pronunció Dios su maldicion. Nuestra caravana ganaba terreno con dificultad, y á medida que esto sucedia, iba descubriendo á derecha é izquierda del camino, ora en el fondo de profundos barrancos, ora en la cima de elevadas rocas, insignificantes aldeas ó antiguas ruinas de origen no bien determinado, como *Castal*, *Calunieh*, antigua *Kulon*, *Ain-el-Jiris* donde algunos pretenden que Vespasiano dejó una guarnicion para guardar la Judea. Los momentos pasaban, y no-

sotros nos aproximábamos al fin de nuestro viaje. Llegó un instante en que doblando la más elevada cumbre, comenzamos á bajar una larga pendiente, en la que el camino se tuerce á la izquierda; desde esta cumbre y desde esta pendiente se ve á la derecha un profundísimo valle, pero triste, casi sin vegetacion, casi sin verdor, cuyo valle, formado por dos extensas cordilleras, va á perderse al Occidente en nuevas aglomeraciones de rocas: á media falda de una de las montañas que nacen frente al viajero, se descubre una antigua aldea con algunos edificios modernos. Este valle es el *Valle de los Terebintos*, donde se dió en tiempo de Saul la célebre batalla entre filisteos é israelitas, en cuya batalla el jóven David mató de una pedrada al gigante Goliat; aún se señala el punto en que David cogió las piedras que disparó contra el gigante; y aquella aldea llamada por los árabes *Ain-karin*, es San Juan del Desierto, ó *San Juan in Montana*; más claro, es la casa en que nació San Juan Bautista, la casa de Zacarías é Isabel, no lejos del punto en que la misma Isabel saludó al santísimo fruto que la Virgen llevaba en sus entrañas.

Despues de algunos minutos de peligroso caminar, bajamos al fondo del Valle de los Terebintos; luego comenzamos á subir otra cuesta entre áridas montañas; todo es allí árido..... árido el valle, árido el camino, áridas las montañas..... todo es allí árido, todo ménos los recuerdos! ¡Los recuerdos



son allí tan bellos, que hermosean la aridez de los valles, de los caminos y de las montañas!

Por aquel punto íbamos reunidos de cincuenta á sesenta peregrinos: como todos sabíamos, porque los dragomanes nos lo habían dicho, que aquella era ya la última cuesta que teníamos que subir; como por la hora que marcaban nuestros relojes todos deducíamos que estábamos próximos á la Ciudad Eterna, iba cesando insensiblemente la animación de la caravana; iba observándose un religioso recogimiento en todos los viajeros.—¿Dónde está Jerusalem? preguntaban algunos; y los dragomanes contestaban:—Detrás de aquella cima; no lo veremos hasta que nos encontremos muy cerca de él.

Y la caravana avanzaba; pero avanzaba seria, meditabunda, silenciosa..... Ya habían concluido las bromas, ya todos los pensamientos, reconcentrados en sí mismos, se fijaban en un punto; ya sólo se aspiraba á doblar aquella cima, que enhiesta y dura, nos separaba del punto objetivo de nuestro viaje.

Por fin llegó el momento; á las cuatro y siete minutos doblamos la cima, y al doblar la cima, se ofrecieron á nuestra vista, no tan próximos como esperábamos, los altos muros de la Ciudad Eterna.—¡Jerusalem! gritó un dragoman; y al oír esta voz, y al ver aquellas murallas, todos experimentamos una afección grande, profunda, religiosa, inexplicable; y todos, todos espontáneamente nos

quitamos el sombrero, y vertiendo lágrimas muchos, todos caminamos á paso lento hácia la Santa Ciudad, hácia la ciudad que guarda en su seno los tesoros religiosos más apreciables del mundo. Fray Giovane de Santa Teresa, aquel anciano fraile carmelita, la persona más venerable de la caravana, comenzó á recitar con voz solemne el salmo que los peregrinos de otro tiempo recitaban siempre al descubrir los muros de Sion: *Laetatus sum in his quae dictasunt mihi in domum Domini ibimus, etc..... Me he alegrado en esto que se me ha dicho, á la casa del Señor iremos.*

Mi alma abrasada por la emoción más ardiente y de esencia más sublime, que jamás había recibido, no podía darse cuenta de lo que sentía; mis ojos no acertaban á apartar su mirada de aquellas murallas, en las que querían ver calcada la historia del mundo moderno, una historia santa escrita con sangre divina; y al observar el silencio, fatídico silencio, que en pleno día por todas partes nos rodeaba, exclamaron mis labios sin darme cuenta de lo que decía: *Quomodo sedet sola Civitas plena populo?..... ¿Por qué razón se encuentra sola la ciudad ántes tan populosa?*

Ya estábamos en Jerusalem.

A las cinco menos seis minutos nos apeamos en la *Puerta de Jaffa*, donde algunos árabes molestos se apoderaron casi á la fuerza de nuestro equipaje.